

# MIRANDO EL CORCHO

Horacio Clemente

Eran dos hermanos que pescaban en un arroyo. El agua del arroyo era marrón claro, no porque ese sea el color del agua, sino porque la tierra que el agua arrastra la tiñe de ese color. No era un agua contaminada, sin embargo. Al contrario: era un agua potable en donde uno se podía bañar. También se podían comer los peces que nadaban allí cuando se convertían en pescados.

El corcho subía y bajaba con suavidad, movido apenas por las ondas del arroyo que corría con lentitud. Era un día de sol, de temperatura templada, como son algunos días de otoño cuando el tiempo está lindo. El arroyo corría en medio del campo verde sembrado de alfalfa, y aunque la alfalfa brota en primavera, no se sabe por qué razón ese campo estaba cubierto de brotes. A lo mejor no eran brotes ni tampoco alfalfa, pero eso no importa; lo que sí es importante es que el campo estaba completamente verde. O tal vez, entonces, no era otoño sino primavera.

El corcho de cada uno de los hermanos estaba conectado con las cañas de pescar, que en este caso eran dos: una por hermano. Eran cañas de verdad, livianas y resistentes, que los hermanos habían arrancado del cañaveral. El cañaveral estaba cerca de allí, y parecían cañas tacuaras. Pero a lo mejor no eran tacuaras, aunque sí cañas. El agua que mojaba el corcho –el agua del arroyo– se volvía azul por momentos. No porque el agua fuese azul, sino porque reflejaba el azul del cielo.

A veces se hundía el corcho. Otras veces no se hundía. En general no se hundía.

Habían puesto anzuelos para bagre. No demasiado grandes, de manera que si picaba alguna mojarrita se la pudiera pescar; tampoco chicos, por si picaba algún dientudo o alguna tararira, por ejemplo. El hermano, una vez pescó una tararira. Y la hermana un bagre blanco, otra vez.

///

///

La carnada que habían puesto en los anzuelos eran lombrices. Pero cuando las lombrices se terminaron pusieron migas de pan. Algunos días mezclaban miga y queso cremoso, hacían una pasta y la usaban como carnada. Pero ahora no usaban queso porque el queso está caro y la mamá no lo compra. También ponían pedacitos de corazón, porque a los peces les gusta el corazón, igual que a los gatos. Los perros también comen corazón, pero prefieren hueso con carne. Hay aves que comen corazón y otras carnes, son las llamadas “aves carnívoras”, como el águila o el cóndor. Las plantas carnívoras no comen corazón.

Y así como las cañas eran cañas, los corchos eran corchos, puesto que los habían sacado de unas botellas. Las botellas eran de vino, que el papá había comprado antes.

No estaban pintados los corchos, de manera que a veces era difícil advertirlos con nitidez y ver si se hundían o no. Por suerte, el agua corría con toda tranquilidad y hacía que los corchos, flotando, se movieran muy poco. Por momentos soplabla alguna brisa y el agua se ondulaba. Entonces los corchos se movían más. En esos casos se hacía más difícil saber si los corchos se movían por efecto del agua o por efecto de algún pez que estaba por hacerse pescado. Otras veces se hundían los corchos resueltamente. Eso podría deberse a dos cosas: o que hubiera picado un pez grande o que hubiera picado una mojarrita muy chica. Si era una mojarrita muy chica no valía la pena tirar de la caña; no solo por lo chica que sería la mojarrita, sino porque seguramente no se iba a prender del anzuelo. Y si era un pez muy grande convenía esperar un poco hasta que se prendiera del todo. No era conveniente esperar demasiado, porque esos peces a veces se comen la carnada sin engancharse en el anzuelo. Ese es el inconveniente que tienen las mojarritas muy chicas, pues comen toda la carnada y no enganchan.

El hilo que pasaba por el corcho, sujeto a la caña y anudado –en el otro extremo– en el anzuelo, era en verdad una tanza de nailon, no demasiado gruesa –puesto que allí no había peces tan pesados–, pero tampoco demasiado delgada como para que pudiera cortarse si picaba algún bagre grande, un dientudo o alguna tararira. Tampoco tenían reel las cañas de estos chicos. De manera que el hilo –o la tanza– estaba atado directamente a la punta de las cañas.

///

///

El chico había probado las cañas antes de decidirse a usarlas porque la hermana había tenido miedo de que –si picaba uno grande– las cañas no fueran resistentes y se quebraran. Las había probado clavando en la tierra un extremo y doblándolas desde el otro. No las doblaba demasiado, puesto que podrían romperse si las exigía, con la idea, además, de que ningún pez de ese arroyo, por más grande que fuera, sería capaz de hacer tanta fuerza jamás.

En el campo, a orillas del arroyo, había sauces llorones, llamados así –dicen– por esas ramas extensas y flexibles, cubiertas de esas hojas tan finas y largas, que tienen esos sauces llorones y que cuelgan de los troncos más grandes como una cabellera muy densa, de color verde.

Más allá había unos eucaliptos. Enormes, altos, olorosos. Y a la sombra de los eucaliptos había dos caballos. Desde la distancia los chicos no podían saber si se trataba de dos caballos, o de un caballo y una yegua, o de dos yeguas. Eran marrones, claros como el agua del arroyo, y eso sí podían verlo. Esos caballos marrones, llamados “zainos”, eran de los chicos, de manera que no necesitaban acercarse para saber de qué sexo eran.

También había una vaca –similar a las Hereford– y un toro –similar a los Shorthorn–. No eran de los chicos, sino de un primo de ellos. Y, como estaban en el campo, había también muchos pájaros, similares a las calandrias, y a las torcazas, y a los colibríes, y a los tordos, y a los teros, y a los chimangos y a los horneros. Los hermanos conocían a esas aves y las reconocían por el canto y por la forma y por el color, pero yo no las puedo describir ya que no vivo en el campo sino en la ciudad.

Por momentos, los hermanos miraban las nubes que se formaban en el cielo y así descuidaban los corchos. Las nubes armaban figuras diferentes y eso les llamaba la atención. A veces uno de los corchos se hundía justo cuando los dos miraban hacia el cielo. A veces se hundían los dos corchos simultáneamente justo en el momento en que ellos miraban a los caballos. Otras veces miraban a las vacas o a algún tero o calandria o tordo que se paraba en un sauce, y así no podían saber si el corcho se estaba hundiendo o no.

Les gustaba vivir en el campo. Les gustaba pescar, ir a caballo, ordeñar la vaca para tomar la leche tibia, recoger los huevos que ponían las

///

///

gallinas –porque también tenían gallinas–. Les gustaba arrancar los higos de la higuera y los duraznos del duraznero y las naranjas del naranjo. Les gustaba ir al colegio. Aunque no tanto. Sí a la hora del recreo; eso les gustaba: jugar en el recreo. O también, cuando salían del colegio, porque como se iban temprano, quedaba sol por mucho rato y entonces podían ir al arroyo, a pescar.

Porque eso sí que les gustaba, todavía más que el recreo.



© Horacio Clemente © Horacio Domingo Clemente  
Ilustración Mónica Pironio

**Horacio Clemente** es un escritor argentino nacido en Buenos Aires, en 1930. Trabajó como periodista y guionista de historietas, y fue autor de una nutrida obra para niños y jóvenes. Entre sus libros pueden mencionarse: *El obelisco de Buenos Aires*, *Vida de artista*, *De viaje* y *La gallina de los huevos duros* (ediciones Abran Cancha) de donde fue tomado este cuento.